

“La gente lloraba de impotencia y de pena, lo habían perdido todo en unos segundos”

El solanero Blas Delgado vivió la tragedia de Lorca poco después del terremoto del 11 de mayo – Fue uno de los voluntarios que ayudó en las tareas de desescombro.

GABRIEL JAIME

“Veíamos a muchos llorar, nerviosos, personas que no sabían qué hacer y, sobre todo, una imagen de desolación, impotencia, pena... en definitiva; era gente que lo había perdido todo en unos segundos”. Así se puede resumir el panorama vivido tras el terremoto que sacudió la localidad de Lorca el pasado 11 de mayo. Una tragedia que puso a la ciudad murciana en el epicentro informativo a nivel nacional. Un solanero estuvo allí para prestar su ayuda de forma totalmente desinteresada. Y lo tiene muy claro: “No es lo mismo verlo en televisión que estar presente, la realidad supera a la ficción”.

Blas Delgado disfrutaba por entonces de unas merecidas vacaciones junto a su familia, cuando la empresa para la que trabaja, TAO (Taller de Arquitectura y Obras), pidió voluntarios. No se lo pensó dos veces. Tanto uno como otra tienen en común instinto humano y solidario. Es posible que TAO fuese la primera y tal vez la única empresa de construcción de Castilla-La Mancha que se ofreció a prestar ayuda en las tareas de desescombro y apoyando moralmente a los afectados.

Blas, personaje conocido en La Solana como presidente de Arlasol, reconoce que fueron albañiles y psicólogos improvisados, “había que tener mucho tacto con la gente e intentábamos animarles”. La misión principal era desescombrar edificios dañados, a menudo ante la atenta



Imagen de la catástrofe, captada por la cámara de Blas Delgado.

mirada de sus propietarios. Recuerda cómo los vecinos les esperaban en la puerta con el fin de recuperar algunas pertenencias, “una vez que se descartó el peligro de derrumbe, hacíamos la vista gorda para que subiesen a sus casas y pudieran coger más cosas en el menor tiempo posible”.

Tras el terremoto se evaluaron los inmuebles, y se señalizaron con tres colores: el rojo constataba que no había acceso posible, el amarillo que habría que tantear las entradas y la accesibilidad, mientras que los pintados de verde eran los edificios sin daño. Varios trabajadores de TAO, entre ellos Blas Delgado, se afanaron en adecentar los techos de la entrada de unas viviendas y cuidar los

tabiques de las escaleras. Lo que más le impresionó fue el testimonio de un padre de familia que le contó cómo había vivido el temblor, “me dijo que iba por la calle con dos niños pequeños y pensó que la tierra se lo tragaba. Fue estremecedor”. Asegura que la experiencia fue dura pero

muy enriquecedora, a pesar de los dramas vistos “volvería a hacerlo sin dudarlo. Piensas que si necesitaras ayuda también te la darían”. En este sentido, cree que los propios lorquinos podrían haber hecho algo más, “eché en falta más colaboración vecinal, pero tal vez el nerviosismo, el desasosiego y la impotencia dejaron a la gente paralizada”.

La aventura de este solanero en la catástrofe duró tres días. Fueron más de 2.200 kilómetros en jornadas maratónicas. Salía de su domicilio a las cuatro y media de la madrugada y regresaba pasadas las diez de la noche, después de un duro día de trabajo físico y psíquico, hasta que intervinieron las aseguradoras.

Durante ese tiempo se registraron varias réplicas sísmicas de menor calibre, lo que no amedrentó al contingente, “si vas con miedo, no puedes trabajar”. Así lo cuenta Blas Delgado, quien recalcó haber vivido un episodio “muy desagradable a la vez que enriquecedor”. En la entrevista concedida a GACETA, nos insistió mucho en que hablaba en nombre de sus gerentes, Casto, Juan Antonio y Pepe, “son los jefes más sensibles y solidarios que he visto”.

El temblor de aquel 11 de mayo provocó ocho víctimas mortales, decenas de hogares destruidos y cientos de ciudadanos en la calle. Pero la tragedia siempre produce pequeños héroes.



Blas Delgado, tercero por la izquierda, junto a sus compañeros.